

Fecha 04.06.2010	Sección Opinión	Página 2
----------------------------	---------------------------	--------------------



DÍA CON DÍA

Héctor
Aguilar
Camín

Villamelón, 4

Con delirio febril atestigüé el triunfo histórico de México sobre Italia en el partido de fútbol celebrado ayer.

Ya el adjetivo histórico me parece delirante (y febril).

Pero es exacto desde el punto de vista histórico: Nunca le habíamos ganado a Italia, salvo, me recuerda el poeta futbolati Luis Miguel Aguilar, en unos juegos olímpicos que nadie recuerda, en algún año olvidado del siglo anterior.

Lo que vi ayer en la pantalla de televisión fue un equipo mexicano que robaba todas las pelotas, que llegaba dos o tres pasos antes que los italianos al balón, que tenía dominio absoluto del juego, y fallaba una, dos, tres veces, pero llegaba siempre.

Vi varios chispazos de genio: de Giovanni a Vela para el primer gol, de Cuauhtémoc al Venado Medina para el segundo gol, de Pablo Barrera que entró en plan tan inspirado que en la primera jugada se quedó sólo ante el portero, por sus propios méritos, y en la segunda también, y las falló las dos por simple sorpresa ante la facilidad de sus logros.

Ejercimos imperfectamente nuestra especialidad futbolera, que es fallar a la hora de meterla. Italia ejerció también imperfectamente su especialidad histórica, que es ganar o empatar juegos en los que el adversario ha sido superior.

Nuestra imperfecta ejecución de lo de

siempre permitió que metiéramos un segundo gol, cuando debíamos haber metido tres o cuatro (Normalmente, no metemos ni el primero).

La imperfecta ejecución de la especialidad italiana condujo a Italia a no meter el gol temprano que tuvieron a la mano, y a hacer cardíacos, pero no efectivos, los últimos momentos del juego, donde sospechamos todos que pasaría lo de siempre: Italia empataría sin merecerlo.

En mi delirio febril sigo viendo a los jugadores mexicanos corriendo en cámara rápida por todo el campo, llegando a los balones antes que nadie, multiplicándose por la cancha como una pesadilla para sus rivales.

Vi un México de jóvenes acelerados que es difícil alcanzar, marcar, contener. Los jugadores italianos deben estar exhaustos, pensando seriamente si tienen la velocidad, el aire y la juventud necesaria para refrendar su título de campeones del mundo. Yo estoy exhausto y optimista del ritmo y la intensidad de los jóvenes mexicanos que apabullaron a Italia.

Palabra delirante de villamelón: en una buena tarde México puede ganarle a cualquiera, y hacer que se vea viejo, lento, perdonado, hasta el campeón del mundo. En una mala tarde, en cambio, México puede ser todo lo contrario.

Conclusión: a ver qué pasa. ■■

acamin@milenio.com

